

s'estudiï) d'organitzar-se i identificar-se en col·lectius; com comentàvem, la passió per l'associacionisme. En qual-sevol cas, la millor manera de fer-se'n una idea és llegir el llibre, «esforç» que val la pena de fer i que és, sens dubte, aconsellable.

Joan Gómez Pallarès

C. GARCÍA GUAL Y M. J. IMAZ

La filosofía helenística:

Éticas y Sistemas

Ed. Cincel, Madrid 1986, 232 p.

Por primera vez, y casi simultáneamente en el tiempo, aparecen en nuestro país dos obras con un mismo objetivo: el estudio del pensamiento filosófico en el período helenístico. J. Mosterin publica en 1985 *El pensamiento clásico tardío*, y sólo unos meses después sale a la luz editorial la obra que reseñamos. Nos congratulamos de que nuestros mejores especialistas dediquen su atención a este período del pensamiento griego, hasta ahora sólo tratado marginalmente en las Historias de la Filosofía. Los títulos de estos dos libros son muy significativos, pues revelan que sus autores no consideran el pensamiento helenístico como decadencia o apéndice de lo clásico; antes bien, se subraya en ambos, para decirlo con palabras de García Gual e Imaz, «la madurez crítica» de este período del pensamiento griego. Se abre, así, una nueva perspectiva que, sin duda, será fecunda para la comprensión de la historia del pensamiento occidental.

C. García Gual y M. J. Imaz inician su obra con una interesante introducción histórica del período helenístico; subrayan la importancia que tuvo la lengua común (*koiné*) en la gran expansión de la cultura griega desde Egipto hasta la India; señalan la preparación cosmopolita que supuso el helenismo para los ideales universalizadores de la Romanidad y el Cristianismo, y la conmoción espiritual del ciudadano por la destrucción de la *polis* griega y su ansiedad e indefensión ante un nuevo mundo, cuyos horizontes se le escapaban y en el que hacia quiebra todo el sistema de valores tradicionales.

Los autores dedican el capítulo II a perfilar el ámbito cultural y político en el que van a surgir los dos grandes sistemas filosóficos del helenismo, epicureísmo y estoicismo, insertándolos dentro de la tradición del pensamiento griego frente a la que se alzarán críticamente. Hacen hincapié en las semejanzas de sus puntos de partida y planteamientos, e incluso en su paralelismo estructural. Común a ambos —explican— es su concepción de la filosofía como un «mester de salvación» y su esfuerzo por dar una explicación teórica del universo y ofrecer un sentido a la acción personal. No es un azar —afirman los autores— que surgieran estos dos sistemas entre la agonía de la *polis* y el establecimiento del Cristianismo como religión oficial. Sus diferencias vendrán marcadas por las distintas soluciones dadas a unos mismos problemas, y su ocaso, —señalan García Gual e Imaz— no será sino «una derrota de las ideas racionalistas frente a los credos trascendentes».

El capítulo III está dedicado a esas «figuras típicas del mundillo espiritual helenístico» que son los cínicos, quienes con su rechazo a la cultura y a una civilización alienante entroncan con

ciertos sofistas en su defensa de las leyes naturales, y con Sócrates en ciertos planteamientos de orientación ética. Como los otros dos grandes sistemas filosóficos del helenismo, los cínicos buscan la felicidad personal al margen de la erudición o de la contemplación teórica.

El «Epicureismo», título del capítulo IV, comienza con unos apuntes sobre el marco histórico, la biografía y formación filosófica de Epicuro y su crítica a Platón y a Aristóteles, y continúa con una exposición de filosofía epicúrea, que es, como la estoica, ante todo, un modo de vida. A diferencia de la filosofía tradicional, Epicuro considera el saber como un instrumento para alcanzar la felicidad, recomienda no participar en la vida política y alienta a jóvenes y a mayores a dedicarse a la actividad filosófica con el fin de liberarse de los temores que perturban la paz de sus almas. Se estudian a continuación las tres partes de la filosofía epicúrea: Canónica, Física y Ética, y se hace notar su interrelación, dado que sólo «un conocimiento ordenado de la naturaleza proporciona la tranquilidad de ánimo necesaria para la vida feliz». Especialmente interesante para el estudioso moderno es la intuición epicúrea sobre la estructura discontinua de la materia. Si bien, en Epicuro, tanto el estudio de los criterios de evidencia en orden al conocimiento como el estudio de la naturaleza están subordinados a la ética. Recordemos —nos dicen García Gual e Imaz— que tras el vacío político dejado por la muerte de Alejandro y en un mundo que ya no acepta las creencias tradicionales, quedan dos opciones: o continuar encadenado a utopías revolucionarias u optar por la libertad o los placeres moderados. Esta última alternativa es la elegida por Epicuro al retirarse al Jardín para cultivar y disfrutar la generosidad y amistad de

quienes ven en ella el mejor remedio frente a una sociedad, cuya única cohesión entre los individuos son los lazos contractuales.

El capítulo V versa sobre el estoicismo. En él quedan expuestos con claridad los trazos de orientación ética de esta escuela, su periodización y la evolución de su pensamiento, cuáles son los mejores representantes de cada una de sus épocas y su diferente talante personal y filosófico. Muy sistemáticamente se exponen las partes de la filosofía estoica: Lógica, Física y Ética, y, por último, se hace un balance sobre la pervivencia del estoicismo a lo largo de la historia. Los autores insisten en el carácter sistemático de esta filosofía, en donde sólo la interconexión de las diferentes disciplinas puede conducir al verdadero saber, orientado a captar el sentido de la naturaleza, en cuyo curso debe integrarse el actuar del hombre para la realización de su felicidad. La Estoa no renuncia a una proyección política y social de su pensamiento, pues cree en la cooperación de todos los humanos en un cosmos del que todos formamos parte. Resaltan, García Gual e Imaz, este axioma estoico, sin el cual no se podría entender su pensamiento: el mundo tiene un sentido y «el *logos* o razón del hombre está en contacto con el *logos* que impregna significativamente el universo». A partir de ahí elaborarán una ciencia del *logos*, en la que establecen las bases de la gramática tradicional e incluso acuñan términos y concepciones que en nuestro siglo redescubrirán la lingüística y la moderna filosofía del lenguaje. En la Física señalan con acierto nuestros autores cómo los estoicos conjugaron un materialismo básico con un racionalismo cósmico y un panteísmo vitalista. En la teoría ética insisten los estoicos en la moral de la decisión evaluando la

buena voluntad más que los éxitos de la realización. Afirman García Gual e Imaz que este sistema ético atiende más a la grandeza que a la debilidad del hombre y advierten de la dificultad de simpatizar en nuestro tiempo con ese «ideal de serenidad y optimista confianza en un mundo regido por la Providencia Divina».

En el capítulo VI se abordan los rasgos generales del escepticismo, aunque sin tratarlo exhaustivamente, dado que sus representantes más conspicuos, por los presupuestos mismos de su filosofía, que no admitía ningún criterio de certeza, no compusieron ningún sistema ético ni filosófico. Se critica, no obstante, en este apartado, el mal tratamiento que ha recibido siempre esta corriente filosófica y se afirma en él que el escepticismo «es una corriente crítica que corresponde muy bien al momento de madurez de la filosofía griega».

El último capítulo tiene por objeto el estudio del neoplatonismo, filosofía que surge en el s. III dC como reacción a las corrientes de cariz materialista. Se explica cómo lleva a las últimas consecuencias el idealismo platónico, al que incorpora ciertas influencias del neopitagorismo, del gnosticismo y del Cristianismo; cómo Plotino, su mejor representante, reivindica la atención al hombre interior, cree en la existencia de dos mundos, considera la materia origen de mal y al mundo sensible pura ilusión; afirma que los males de su época no son sino un momento trágico en la historia eterna de lo espiritual y sustenta que la virtud debe buscarse en la contemplación de lo eterno. Su preocupación por la relación del alma particular con el alma del mundo y la verdad le llevó a la elaboración de su célebre teoría emanatista, de honda raíz platónica. Encarecen los autores la originalidad de Plotino en las so-

luciones dadas a problemas planteados por Platón en las que el neoplatónico revela una sólida formación filosófica. Acompañan este capítulo esquemas esclarecedores del pensamiento de Plotino y un cuadro sinóptico que contrasta su pensamiento con el de Platón.

Interesantes notas bibliográficas complementan esta obra, así como un cuadro cronológico que compara los avatares del mundo de la filosofía con el de la política y el de la cultura, una selección de textos con apuntes y sugerencias para su comentario, un glosario de términos griegos y una bibliografía excelentemente seleccionada sobre cada uno de los temas abordados en los diferentes capítulos.

Es, en suma, una obra que une a una rigurosa erudición una diáfana claridad en la exposición de los temas, a veces abstrusos, que desarrolla, y además tiene el gran mérito de abrir brecha y arrojar nueva luz en un campo del conocimiento cuya difusión en nuestra bibliografía sólo ahora se comienza.

Mercedes López Salvá

R. WILLIAMS

Arius. Heresy and Tradition

XII y 348. «Darton,
Longman and Todd», P. Londres
1987, ISBN: 0 232 51692 8

R. Williams estudia en el presente libro la vida y doctrina del famoso heresiarca Arrio, cuyo nacimiento sitúa algo antes de 280 (p.30), mientras que su deceso se fecha en los años 335-337.